

Que la impaciencia o la obstinación no maten el sueño

J. A. MARTÍN-PEREDA

Creo que todos los que nos movemos por este país hemos tenido siempre una tendencia innata por intentar conocer los resultados de las cosas, mucho antes de que éstas hayan llegado ni tan siquiera a la mitad de su evolución. Siempre nos ha faltado tiempo para preguntar por las consecuencias de algo, cuando este algo se acaba de poner en marcha. Debido a ello, y casi al mismo tiempo, si lo que se ve no concuerda con lo que se espera o se desea, no existe la más mínima duda en echarlo abajo, intentando empezar, otra vez, algo por completo diferente.

Pero, también de manera habitual, se presenta el hecho contrario. Y éste no es otro que el que aunque, contra viento y marea, algo se intuye que no va por donde debería ir, surge una especie de empeño obcecado por mantenerlo, afirmando que es el único camino posible. Pasa el tiempo, todo demuestra que no parece acertado seguir, surgen más inconvenientes que circunstancias favorables, pero se pospone una vez y otra la decisión de abandonar lo que se inició. Se piensa, o se quiere pensar, que tarde o temprano todo se arreglará. Pasan los años y, a la postre, resulta obligado dejar, de mala manera, lo que ya se sabía, casi desde el principio, que iba a ser preciso abandonar.

Entre ambas posturas, en la mayor parte de las ocasiones, no existe una situación intermedia. Somos un colectivo de extremistas que, o no tenemos paciencia para esperar, o no tenemos el valor de reconocer un error.

A las empresas se las exige, en ocasiones, beneficios desde el primer año de su creación. En otros casos, se las mantiene durante años, aunque mantienen pérdidas constantes.

En investigación se quiere, a veces, que sus resultados sean siempre productos económicamente rentables. En otras ocasiones, se bombea dinero constantemente sobre áreas en las que casi todo el mundo dice que jamás saldrá nada nuevo ni original. Y así durante años y años.

En la Universidad se deseaba que el mero acto del cambio de una estructura cambiara de raíz todos los males que en un momento determinado existen. Como la mejora no se nota de inmediato, se vuelve a cambiar lo cambiado a los pocos años. Otras veces por el contrario, aunque algo ha demostrado su inoperatividad reiterada, se conserva inalterable en contra de todo un clamor que pide el cambio.

¿Por qué no existirá el término medio? ¿Por qué no esperamos un poco para ver si algo funciona, antes de cambiarlo por completo? ¿Por qué no eliminamos algo, si tenemos la certeza íntima de que no sirve para nada o, lo que es peor, que es una barrera para que algo progrese en la dirección adecuada?

Parece como si, en unas cosas, sólo analizásemos lo que nos cuestan y, en otras, la intención que pusimos en ellas. Oscar Wilde decía que *"un cínico es un hombre que conoce el precio de todo y el valor de nada"*. En unas ocasiones sólo nos importa lo que nos está costando algo. En otras, sólo lo que aparenta. En unas ocasiones somos cínicos tecnológicos, en otras altruistas ciegos.

Creo que gran parte de los males anteriores se derivan de un hecho esencial que, en grandes segmentos de nuestro país, está por completo abandonado. Se ha dicho, por ejemplo, que uno de los posibles males de nuestra industria es su carencia, bastante generalizada, de soporte de I+D. Se ha dicho, también, que otro de los de nuestra Universidad es su falta de contacto con la realidad social que la rodea. Todo ello es cierto en parte. Pero, además de todo lo anterior, existe algo con lo que jamás se cuenta y que está por delante debido a las repercusiones a las que conduce. Este algo es la falta constante, en todos los sectores, de una capacidad de análisis en *tiempo real*, de lo que está pasando, sumada a una ausencia casi total de autocrítica.

Es cierto, siguiendo con el ejemplo anterior, que nuestra necesidad de progreso en I+D está por encima de lo que un país, como el nuestro, debería en buena lógica precisar. Es obvio, en consecuencia, que se intenta hacer todo lo posible por incrementarla, dándole todo lo que precise y que esté dentro de nuestras posibilidades.

Más allá de lo posible

Pero nos hace falta, al mismo tiempo, reflexionar en cada momento sobre lo que se está haciendo. En esta reflexión debería partir del hecho real de nuestra situación presente, analizar lo que se tiene y lo que pretende alcanzar y, a continuación, llevar a cabo un "análisis comparado" de lo que ocurre a nuestro alrededor. Hay veces en las que el inicio de una acción puede aparentar una facilidad que, pasado un tiempo, se demuestra es falsa. Otras en las que el mantenimiento de una instalación puede resultar más costoso que la instalación misma. Otras en las que el resultado de un proyecto sólo se verá, si se continúa de forma constante, pasada una década.

Y para que en los dos primeros casos no se comience lo que difícilmente se va a concluir, o para que el tercero no se abandone a mitad de camino, la única solución es analizar lo que ha sucedido en casos análogos, en otros lugares, y situaciones similares. Pero esto muy pocas veces se hace.

Creo que en nuestras universidades, conjuntamente con las grandes teorías o los más modernos avances de la

ciencia o la tecnología, debería impartirse una asignatura, o repartirse a lo largo de varias, en la que se contase cómo esas teorías se han gestado o cómo esos avances se han conseguido. Y al mismo tiempo, ofrecer también ejemplos de algunos de los formidables batacazos que se han dado empresas o naciones, o individuos aislados, cuando han intentado hacer lo que estaba fuera de su alcance real.

Se puede objetar a lo anterior que, con todo ello, se pueden matar los sueños. Y que éstos, a veces, son los que, a la postre, se elevan sobre el gris que invade la rutina diaria. Schiller, en uno de sus poemas decía: *"¿Quién quiere conformarse con imágenes de sombras / que recubren la realidad con una falsa apariencia / y anular la esperanza con una falsa posesión? / Yo debo mirar la verdad desnuda."* Hay ocasiones en las que se debe soñar, pero la Ciencia y, sobre todo, la tecnología, deben edificarse sobre soportes anclados en roca. Y esta edificación, dado que no tenemos experiencia propia acumulada, debemos hacerla con la experiencia que podamos adquirir del análisis comprado de la de los demás. Eso es lo que nos falta. *Soñar, pero en la consciencia de la realidad.*

Este análisis comprado que traigo aquí a colación, no es sino una parte muy pequeña de un todo que nuestro país carece casi por completo. Es la de la existencia de una especie de escuela de análisis global de lo que es la tecnología, de cuáles con sus implicaciones, de cómo es su ciclo de vida, de qué depende, de cómo se planifica. Todos los que, en los últimos años, hemos tenido algo que ver con temas relacionados con algo de lo anterior, hemos sido una especie de francotiradores con más voluntad que conocimientos en el tema. Hemos ido aprendiendo unos de otros y, a veces, hasta hemos leído algo de lo que se hacía a nuestro alrededor. Comparando con lo que había antes, creo que algo se ha avanzado. Pero falta dar cuerpo a toda una técnica que es la del análisis de la Tecnología.

Bases sólidas

De igual manera a como en los primeros cursos de cualquier ingeniería se dan unas bases sólidas de matemáticas o físicas, necesarias para luego desarrollar las correspondientes técnicas, a cualquiera que pretenda planificar tecnología, sea al nivel que sea, tanto en centros académicos como en empresas, debería requerirse un conocimiento del análisis de la misma. Si eso se hiciera, los dos hechos con los que inicié estas divagaciones, es seguro que serían menos frecuentes. Y con ello, con toda seguridad, al final se obtendrían resultados. O, al menos, mejores resultados.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.